Europa y Turquía: la frontera, el proyecto y la historia

Entrevista con Kemal Dervis*

Isabelle Albaret y Michael Foessel: *Turquía se encuentra hoy en el centro del debate europeo, como si se descubriera que el estatus de precandidato de Turquía plantea, con cierta urgencia, la cuestión de la identidad y, por ende, la de las fronteras de Europa. ¿Acaso está pagando los platos rotos de una toma de conciencia, bastante tardía, de las consecuencias de haber privilegiado la ampliación sobre la profundización?*

Kemal Dervis: El verdadero debate se da hoy en torno al porvenir de Europa y su Constitución. Para ello basta con escuchar, por ejemplo, las palabras del líder conservador británico: “Las constituciones son algo bueno para los países, y yo no quiero vivir en un país que se llame Europa.” Quizá habría sido preferible redactar la Constitución de la Unión Europea antes de proceder a su ampliación. La historia hizo que las cosas fueran distintas, ya que la reunificación de Alemania hizo que la ampliación fuera indispensable. Lo que hoy resulta claro es que una Europa de 25, 30 o 33 naciones –según yo no pueden dejarse de lado los pequeños países de los Balcanes– será imposible de manejar con los procedimientos y las instituciones actuales. Se impondrá la mayoría calificada, porque sería absurdo dejar que un solo país, las más de las veces por razones que tienen que ver con una especie de egoísmo nacional, bloquee un proceso en el que se comprometieron 30 países. Después de la entrada de los Diez, que ya se consumó, después de las candidaturas de Bulgaria y Rumania, que están a punto de alcanzarse, el único precandidato oficial que puede servir de hipotética ocasión para detener el

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

proceso de ampliación es Turquía. Quizá existen otras razones, financieras, económicas...

El argumento cultural en el que se ha insistido, el de una Europa cristiana, ¿es válido? ¿No va acompañado de un temor al peso demográfico y económico de Turquía y, por lo tanto, de un desplazamiento del centro de gravedad de Europa?

Hoy se superponen dos debates. Por un lado, se sostiene el argumento político, según el cual Turquía, que tendrá cerca de 80 millones de habitantes para el año 2015, poseerá un peso importante y quizá reacciones más cercanas a Francia o a Alemania que a Portugal o a Estonia. Por el otro, se subraya que Turquía es un país de mayoría musulmana. Ahora bien, Europa ya tiene un componente musulmán. El islam es una realidad tanto en Francia como en Gran Bretaña, en Alemania, en los Países Bajos... Decir que Europa puede construirse sin tomar en cuenta esta dimensión no es realista. Por supuesto, Europa se verá reforzada con la entrada de Turquía, lo cual es un verdadero debate, pero se equivocan todos aquellos que quieren definir el proyecto europeo en términos identitarios o históricos. Un proyecto político siempre será un proyecto orientado hacia el futuro, para reunir a las personas alrededor de un objetivo común, que es el de vivir mejor.

Los fundadores, Robert Schuman o Jean Monnet, han hecho del proyecto europeo un proyecto de futuro destinado a garantizar la paz europea, la seguridad y el desarrollo económico de ésta. Pero los proyectos políticos también tienen una dimensión emocional que no puede negarse. Y es en este punto en donde Europa choca con una dificultad que rebasa el caso de Turquía. Por reacción identitaria, son muchos los que, en el seno de la Europa actual, rechazan todo vínculo emocional con ella. Contrariamente a los europeos federalistas, quienes, comprometidos políticamente con una Europa más unida, tratan de desarrollar este vínculo emocional con Europa. Entonces, hay que preguntarse si Turquía puede participar en este vínculo o no puede hacerlo.

En el imaginario musulmán, y en particular en el mundo árabe, Turquía ha representado simbólicamente algo muy poderoso. ¿Cuál sería, según usted, la reacción de las poblaciones arabomusulmanas ante la integración de Turquía en Europa? ¿La simbología otomana existe todavía o desapareció con el imperio?

La religión musulmana y la religión cristiana son universales. No las define ningún límite, ni racial ni geográfico. El islam europeo será diferente del islam del Oriente Medio, así como éste es diferente del islam del sudeste asiático. El gran desafío es que Europa acepte su componente musulmán y que éste acepte el marco europeo y sus valores. Si esta síntesis se lleva a cabo, tendrá una difusión extremadamente importante en el seno de las poblaciones musulmanas. Una Europa multirreligiosa y multicultural, y por ende también musulmana, podría hacerle un enorme favor a la paz en la medida en que culturalmente ya no se opondría al islam, ya fuera en lo imaginario o en lo afectivo de los ciudadanos. La apuesta es de peso. Si se logra el proyecto de una Europa moderna con un componente musulmán europeo, contribuirá a reforzar los lazos entre las dos orillas del Mediterráneo, y le permitirá a esta Europa tener mayor influencia en esa región del mundo. Ciertamente, hay muchos musulmanes en el mundo árabe que piensan que Turquía los traiciona al querer volverse europea; pero más numerosos son aquellos que consideran que es algo bueno que un país musulmán pueda formar parte de la familia europea.

¿Puede decirse que este deseo de Europa por parte de Turquía puede interpretarse como una postura de rechazo del mundo arabopersa? El escritor Percy Kemp¹ proponía que Turquía desempeñara y asumiera su papel de gran potencia mediterránea y mediorienta, para así tener también valor de ejemplo al mostrar una sociedad en la que islam y democracia son compatibles.

El marco europeo es mucho más poderoso y mucho más útil de lo que piensan muchos europeos. Son numerosos los países que tuvieron necesidad de un marco, como Alemania, que sin Europa no habría podido terminar su normalización. España, también, requirió este marco en el periodo posfranquista, igual que lo requirieron Grecia e Italia, y en lo sucesivo todos los países del Este. Puede decirse sin ningún complejo que el marco europeo hoy le resulta necesario a Turquía para desarrollarse económicamente y para asentar de manera sólida la democracia. Sin

¹ En la revista *Esprit* de enero de 2003.

dicho marco, será más débil ante sus problemas de crecimiento y no podrá desempeñar el papel de ejemplo que evocan ustedes, de solidez institucional y económica. El mismo argumento también es válido contra la tendencia de algunos norteamericanos que piensan en Turquía como la única democracia mediorienta, y que, por ese mismo hecho, tendría un papel que desempeñar en un Medio Oriente inestable.

Desde un punto de vista histórico, Turquía siempre ha tenido los pies en ambos lados. A pesar de estar muy implicada en Medio Oriente –el imperio otomano englobaba al mundo árabe–, siempre prefirió mirar hacia Europa. El imperio otomano era ante todo Macedonia, Bosnia-Sarajevo, Skopje y Pristina, ciudades de las que fueron originarios los más grandes primeros ministros del imperio. Este componente balcánico, del sudeste europeo, se reforzó todavía más después de la caída del imperio, cuando numerosos turcos musulmanes de los Balcanes se refugiaron en Turquía. Hoy existen entre cuatro y cinco millones de turcos de origen bosnio, entre cuatro y cinco millones de origen albanés. Estambul, por su parte, nunca fue una ciudad mediorienta. Como sucesora de Bizancio y Constantinopla, Estambul es la gran ciudad del sudeste de Europa, cuya historia y difusión fueron europeas.

En el debate sobre la adhesión de Turquía a la Unión Europea también se le reprocha su atlantismo, atlantismo que ha desempeñado un papel en las tensiones con el mundo árabe. ¿Qué hay de todo esto después del rechazo de Turquía a participar en la guerra de Irak?

El voto del parlamento turco fue decisivo. No hay que olvidar que Turquía estaba saliendo de una crisis económica, que estaban sobre la mesa créditos por 30 millones de dólares. A pesar de esta providencial ayuda, el CHP, como parte del partido en el gobierno, votó contra la guerra. Se trataba, como lo escribieron ciertos periodistas en Europa, de una reacción europea. Este voto no es una expresión anties-tadounidense. Como en Francia, en Italia, en España o en Grecia, corresponde a la idea de que no puede dejarse que una superpotencia actúe como se le dé la gana, sin otra fuente de legitimidad. Muchos turcos dijeron entonces que Turquía no podía implicarse en este conflicto si no lo hacía bajo la tutela de las Naciones Unidas. Con eso se marcaban los límites del atlantismo turco.

Durante la Guerra Fría, en particular después de la segunda guerra mundial, la situación era por completo diferente y la amenaza soviética muy real. Stalin había exigido bases militares en Turquía y una base militar en el Bósforo. Hasta ese momento neutra, incluso neutralista, Turquía se alió entonces a la OTAN y a la Alianza Atlántica. Los Estados Unidos de Truman la ayudaron mucho en ese momento. La historia de esta alianza y de esta amistad entre Turquía y Estados Unidos está lejos de haber terminado, pero tendrá un nuevo rostro. Estos últimos años muestran que la dimensión europea de la reacción popular turca le gana la partida a la adhesión a una alianza fuera de Europa. Porque Turquía, en razón de su tamaño, tendrá un peso importante en Europa y en el parlamento europeo –lo que a ciertos europeos les produce temor– y porque quiere participar en la defensa europea, tendrá reacciones mucho más cercanas a las de Francia o Alemania que a la actitud de los países pequeños, que a menudo reflexionan menos en términos de relaciones de poder.

Si avanza la profundización, si Europa llega a dotarse de instituciones políticas y se convierte en un Estado federal, ¿Turquía seguirá siendo candidata?

Por supuesto. Pero en Turquía, tanto como en Francia, las opiniones son divergentes. En ambos países, la corriente soberanista se expresa explícitamente en contra de cualquier renuncia a la soberanía. Otra corriente, la de la extrema izquierda turca, considera por su parte que Europa es una construcción al servicio del capitalismo. A pesar de esta oposición, todos los sondeos de opinión muestran que los turcos quieren formar parte de Europa, aun si está fuertemente integrada. Quizá lo desearían menos si el país no fuera tan grande, por el miedo de perderse como ciertos pequeños Estados en Europa, algunos de los cuales son muy federalistas, como Bélgica, Holanda, y otros en menor medida, como Dinamarca, que quieren conservar sus particularidades. Los turcos son conscientes de que, una vez integrados a la Unión Europea, Turquía no será un actor de segundo plano, que detendrá una parte significativa de la nueva soberanía europea. Compartirá su soberanía, no la abandonará... Hasta los nacionalistas turcos, que miran el proyecto federal europeo con cierta simpatía... Mucho más que gran cantidad de ingleses.

Se sabe que las élites turcas son más bien favorables a la integración europea. Este deseo de Europa, en tanto entidad política autónoma, ¿lo comparte la juventud turca? ¿O este deseo no es acaso más que una variante de un deseo más amplio de occidentalización que incluye a Estados Unidos?

Al principio, el deseo de modernización fue más fuerte que el de una occidentalización de la sociedad, un poco a la manera japonesa. Pero Atatürk le dio a dicha modernización una orientación claramente occidental, e incluso europea. La fase de modernización actual, que es importante, pasa por Europa y su construcción. No se hace contra Estados Unidos, Rusia o Japón, pero Europa es el corredor por el que Turquía puede avanzar. No olvidemos que hubo una inmigración turca en Europa, sobre todo en Alemania, en los Países Bajos... Alrededor de cuatro millones de europeos de origen turco viven hoy en Europa, lo cual crea vínculos. Este ir y venir también es importante para los intercambios, de los cuales el 50% se hacen con la Unión Europea. Muy a menudo se olvida que, desde 1996, Turquía es miembro del mercado común, es decir, antes de que lo fueran Hungría y Polonia. En Turquía, la reacción europea existe, incluso si el ciudadano común no conoce todos los detalles mejor que otros europeos. Más libertad, más prosperidad y un marco en el que existe cierta solidaridad social (el aspecto social europeo se distingue de la experiencia norteamericana) hacen que los turcos miren a Europa de manera más bien positiva.

¿La población es sensible a las promesas hechas por los países europeos, a su política de espera, incluso al riesgo de que se rechace la integración de Turquía?

La espera de la población es muy fuerte. Los lazos entre Turquía y Europa son ya muy antiguos. Desde 1963, en un mundo muy distinto al de hoy, estaba firmado un acuerdo de asociación. Turquía, mucho antes que otros países, integró ciertas instituciones europeas, como el Consejo de Europa. En 1999, fecha muy importante, el Consejo de Europa anunció durante la Cumbre de Helsinki que Turquía era candidata con las mismas prerrogativas que los otros doce. Nuestro país participó en los trabajos de la Convención, y por lo tanto se le invitó a reflexionar y discutir sobre la futura Constitución europea. Yo mismo propuse ciertas enmien-

das. En diciembre de 2002, Europa reafirmó una vez más que si Turquía cumplía con los criterios políticos de Copenhague, las negociaciones comenzarían sin demora. El primer ministro turco asiste a todas las cumbres europeas, como por ejemplo hace poco en Dublín, para festejar la llegada de los Diez. Aparece en la foto de familia. Si Europa, bajo la influencia de un populismo que no se oriente hacia la paz ni hacia el futuro, declara que todos estos compromisos recíprocos no valen nada, semejante declaración tendrá un efecto muy negativo en la opinión pública turca, y más allá.

Los turcos verán en esta decisión el rechazo por parte de Europa a integrar, por incompatibilidad, a un país musulmán. Esta decepción profunda tendrá consecuencias mucho más allá de Turquía. Otras poblaciones musulmanas verán en ello la confirmación de que entre ellas y los cristianos la brecha resulta infranqueable.

Si Turquía se integra a Europa, ¿cuál será su posición en lo que se refiere a los otros países musulmanes que potencialmente son candidatos, como Marruecos?

Nadie puede predecir cómo será el mundo en 30 años. Tal vez nos encaminaremos cada vez más hacia un gobierno global supranacional... Pero la historia de Marruecos es muy distinta a la de Turquía. Es un país que siempre se definió como un país árabe, que forma parte de la Organización de los Estados Árabes, que buscó crear junto con los países vecinos una región magrebí. Si bien Europa tiene que cooperar con las regiones que la rodean, su vocación no es la de extenderse interminablemente. Creo que Europa deberá hacer una pausa antes de contemplar el ingreso de otros países que todavía no tienen el estatus de candidato, salvo el de los Balcanes del oeste, Croacia, Serbia y Bosnia.

La cuestión armenia regresa de manera recurrente. ¿Hay una evolución del gobierno turco al respecto? ¿Qué hay de la memoria colectiva turca sobre estos acontecimientos?

Desde hace algunos años, la historia es un tema que puede abordarse en Turquía de manera más libre y sana. Los acontecimientos que se desarrollaron durante la primera guerra mundial se perciben de manera bastante distinta según se ubique uno del lado turco o del lado armenio y occidental. A pesar de lo que puede pa-

recer un conflicto de la memoria, Turquía ha dado pasos importantes, como por ejemplo abrir sus archivos a los investigadores.

Si bien resulta indispensable que los historiadores tengan hoy la libertad de escribir, con base en archivos, una historia apegada a la verdad, resulta igualmente necesario establecer una buen vecindad con nuestros vecinos armenios y cooperar de manera conjunta para un mejor porvenir en esta región del mundo. El hecho de que se pueda explorar el pasado es algo bueno, pero también es necesario superarlo y no encerrarse en él, mediante el esfuerzo de las dos comunidades.

Europa se construyó con base en el rechazo a la shoah; inicialmente definió sus fronteras desde un punto de vista ético. Dado que de lo que aquí se trata es de saber qué es Europa, ¿sobre cuáles bases puede construirse? ¿Tiene Turquía una relación particular con lo que ocurrió durante la segunda guerra mundial, como fue el caso de los países fundadores de la Unión Europea?

La historia de Turquía con los judíos y con el pueblo judío es particular. Bajo el imperio, Solimán el Magnífico asumió públicamente la defensa de los judíos, a los que maltrataban los reyes de Europa. El imperio otomano invitó a la comunidad judía echada de España a establecerse en él. Era también una forma de atraer a esta comunidad muy activa y de hacer que el imperio otomano se beneficiara con sus grandes conocimientos. Así se desarrollaron aquellas grandes ciudades otomanas que tenían fuertes componentes judíos, como Sarajevo, Salónica (en donde más de la mitad de la población era judía antes de la ocupación nazi de Grecia) e Izmir. En los años 1930, Turquía fue una tierra de asilo para numerosos sabios judíos alemanes. Mucho más que cualquier otro país europeo, algunos de los cuales se portaron mal con los emigrantes judíos, Turquía le abrió sus puertas de par en par a la comunidad judía de Alemania. Este vínculo explica también la posición de Turquía en el conflicto en Medio Oriente. Aunque sea musulmana y esté cercana a los países árabes, y que por ende sea sensible a los sufrimientos del pueblo palestino, Turquía nunca fue antisionista en este conflicto, en razón de esta historia que une la tradición turca y otomana a los judíos. “El espíritu de Sarajevo” es algo de lo que los turcos están muy orgullosos. El Haggadah de Sarajevo, que describe el éxodo del pueblo judío de España, es un libro del que Hitler tenía

conocimiento y cuya destrucción había ordenado. Fue un imán bosnio musulmán quien lo protegió de los nazis y lo entregó después a la comunidad judía. Estos vínculos no quieren decir que no estemos muy preocupados por la suerte de los palestinos. Pero significan que Turquía tiene ciertos rasgos del frente de rechazo sobre el que se estableció la Europa política después de 1945. ❧

Esprit, noviembre de 2004.